

XXXII Domingo Tiempo ordinario

1 Reyes 17,10-16; Hebreos 9,24-28; Marcos 12,38-44

« Esa pobre viuda ha echado en el arca de las ofrendas más que nadie »

11 Noviembre 2012 P. Carlos Padilla Esteban

*« Preparados para entregar lo que nosotros mismos necesitamos, para dar lo que no tenemos.
Sin egoísmos ni reservas. Sin guardarnos nada por miedo al futuro. »*

No sé por qué nos resulta tan fácil hablar mal de los demás y juzgar sus vidas. Vemos siempre el vaso medio vacío de sus acciones y esperamos más de ellos; criticamos que dan poco y siempre se guardan egoístamente lo que tienen. Nos molesta que no se entreguen, y vemos que siempre les falta algo para ser perfectos; porque son incompletos, porque reflejan, tal vez, nuestra propia debilidad y carencias. Quizás cuando empezamos a criticar nos sentimos bien, con la paz de pensar que nosotros somos mejores que el resto. Parece un inocente desahogo o un torpe deseo de justificar nuestra propia precariedad. Pero esos pensamientos tan aparentemente inocentes, nos acaban envenenando el alma. Nos llenamos de amargura sin casi darnos cuenta. Pero, ¿qué viene antes, la amargura o la crítica? Tal vez la crítica proceda de un sentimiento de amargura e insatisfacción que nos acompaña y nos lleva a destacar lo malo, pasando por alto lo bueno. El corazón humano es frágil. Vive con una herida de amor. Insatisfecho y perdido. Una herida fruto de varapalos y desencuentros, de críticas y juicios recibidos, de ocasiones perdidas e injusticias, de amores no correspondidos y desprecios. Tendríamos que aprender a caminar con esta herida, sonriendo. En el libro *«El sanador herido»* de H. Nouwen se cuenta una antigua leyenda del Talmud, en la época de espera del Mesías. Un rabino le preguntó al profeta Elías cómo reconocería al Mesías cuando llegara. El profeta le dice: *«Está sentado entre los pobres cubierto de heridas como ellos. Los demás se descubren las heridas todas a la vez y las vendan de nuevo. Pero Él se levanta los vendajes uno a uno y los va colocando de nuevo; se dice a sí mismo: - Quizás me vayan a necesitar. Si es así, tengo que estar preparado para no tardar ni un instante en aparecer. Está sentado entre los pobres y venda sus propias heridas, una a una, esperando el momento en que se le necesite»*. Lo mismo pasa con nosotros; tenemos que aprender a vendar nuestras heridas, una a una, esperando el momento en que haga falta nuestra presencia. Nuestra ayuda para vendar otras heridas y para socorrer con nuestras pocas monedas, en algún sitio, junto a alguien. Queremos estar siempre preparados para curar las heridas de los hombres. **Preparados para entregar lo que nosotros mismos necesitamos, para dar lo que no tenemos. Sin egoísmos ni reservas. Sin guardarnos nada por miedo al futuro.**

Pero es verdad que muchas veces las críticas y los juicios suenan con más fuerza que las alabanzas. ¡Qué difícil hablar bien de lo que otros hacen y alabar sus virtudes! El árbol que se cae hace más ruido que el bosque que crece. Ya lo decía S. Francisco de Sales: *«El mundo piensa mal siempre, y cuando no puede acusar nuestras acciones, acusa nuestras intenciones»*. Pensar mal es muy fácil. Aunque también es verdad que no siempre pensamos mal de los demás. Muchas veces vemos lo bueno y nos alegramos con ello. Es cierto. Nos reímos con los que ríen y sufrimos con los que sufren. Pero otras veces, desde nuestra insatisfacción, acusamos a los demás por sus acciones, por sus palabras, por sus omisiones, por sus intenciones. Juzgamos y sospechamos de esas intenciones ocultas que nunca vemos. Una persona comentaba: *« ¡Cómo te decepciona la gente! Es verdad que hay muchos lobos corderos; yo tendré mal carácter, seré muy loca y atropellada, pero no le hago a nadie lo que no me gusta que me hagan a mí; ésa es la ley que muchos tendrían que usar »*. Tenemos que aprender a confiar en los

demás, en sus intenciones, en la verdad de sus vidas. Puede que en ocasiones nos confundamos y pequemos de inocentes. No importa. Es mejor eso que partir siempre de la desconfianza. Queremos tratar a los demás con la misma misericordia con la que nos gusta que nos traten. Cuando confiamos en la bondad de los hombres, logramos al mismo tiempo que confíen en nosotros. Cuando alabamos a otros puede que sembremos en ellos la necesidad de alabar. Sin confianza en el hombre, en su bondad, no es posible avanzar. Cuando no confían en nosotros y en lo que podemos llegar a ser, es difícil que alcancemos las metas soñadas. Cuando nos miran con sospecha o desconfianza, y ven intenciones que no tenemos detrás de nuestras acciones, se rompe el vínculo y desaparece el deseo de crecer. **Confiar y que otros confíen en nosotros, es la única forma de avanzar.**

En el corazón de los hombres hay un deseo común: todos tenemos la necesidad de ser comprendidos. Tal vez por eso es tan importante que seamos capaces de comprender a las personas que nos rodean, de colocarnos su lugar, de tomar en serio su forma de pensar y percibir la vida que hay en sus corazones. Por ello es fundamental muchas veces callar y guardar silencio, mejor que hablar más de la cuenta. Porque tenemos la lengua ágil para hablar mal de los demás. La murmuración envenena el aire y nos acaba envenenando. Nuestros comentarios airean pecados, mentiras y medias verdades, juicios y opiniones que manchan la fama de los hombres. Una persona comentaba: *«Me encantan los rumores, me entero de cosas que ni yo sabía que había hecho»*. El P. Kentenich nos invitaba a hacernos varias preguntas antes de hacer una crítica: *«¿Es verdad lo que voy a decir? ¿Es necesario decirlo o puedo ahorrarme el comentario? ¿Edifica al que se lo cuento o le causa daño? ¿Deja bien la fama de aquel de quien hablo o destroza su imagen?»* ¡Qué bien nos vendría hacernos de vez en cuando estas preguntas antes de hablar de otros! Lo malo es que no lo hacemos y vivimos opinando sobre todo lo que vemos y oímos. Nos creemos con derecho a juzgar la realidad, aunque nadie nos pida la opinión. Parecen no importarnos las consecuencias de nuestras palabras. Sembramos amargura y nos quedamos tranquilos y satisfechos. Y nuestros comentarios, sean verdaderos o falsos, crean desconfianza. En los que nos escuchan, porque surge la duda: ¿Cómo se puede confiar en alguien que habla mal de otros? ¿No hará lo mismo con nosotros cuando no estemos presentes? Y en aquellos de los que hablamos. Porque los juicios siempre dejan huella. Por eso me gustan estas palabras: *«Que no quiera hablar, que no quiera corregir, que no quiera entender, que no quiera yo educar. Solo te pido que me hagas muy orante al escucharlas, que me hagas muy Tú, y que pueda verte igual que a veces te veo a Ti en soledad. Que sepa verte tanto en sus anhelos como en sus debilidades»*. Así quisiéramos siempre mirar a las personas, mirar su vida y alegrarnos al ver a Cristo en ellos. **Es la mirada que traspasa la carne, que mira el corazón y en él descubre a Dios.**

Es cierto también que no nos deberían importar esos comentarios que escuchamos sobre nosotros. El otro día leía: *«Ella estaba dispuesta a todo, incluso a la muerte, por lo que nada podía asustarla ahora. Lo que dijera la gente era cosas de ellos. Que se les partiera la lengua hablando, no le importaba nada»*¹. Pero la verdad es que sí nos importa que nos valoren y elogien. Hacemos nuestra la publicidad que leía el otro día: *«Si no te recuerdan, no importa lo bueno que seas»*. Y por eso nos molesta que no nos valoren, que no recuerden con alegría lo bien que hacemos las cosas. Dice hoy Jesús: *«¡Cuidado con los escribas! Les encanta pasearse con amplio ropaje y que les hagan reverencias en la plaza, buscan los asientos de honor en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; y devoran los bienes de las viudas, con pretexto de largos rezos»*. Crítica esa búsqueda enfermiza de honores y fama. Dice S. Beda que hay que *«guardarse de los que aman desordenadamente estos honores, sánles o no debidos, condenando, no los honores, sino el que se busquen»*. Nosotros mismos podemos llegar a amar desordenadamente los honores, los primeros puestos y que hablen bien de nosotros. Son honores que parecen colmar el corazón y satisfacer el desorden interior. Así nos vamos perdiendo buscando la seguridad del reconocimiento. Queremos que hablen bien de nosotros y nos recuerden por nuestras

¹ Ai Mi, “Amor bajo el espino blanco”, 415

acciones. Los actos generosos que pasan desapercibidos es como si no existieran. Por eso nos gusta dar y recibir un «*gracias*» por respuesta. Al menos un gesto mínimo de gratitud y reconocimiento. La generosidad no reconocida parece que no vale lo mismo, porque queda ahogada en el silencio. Nadie sabría nunca lo que entregó aquella viuda si no hubiera sido porque Jesús alabó su generosidad. Nada añade a nuestra dignidad las alabanzas que recibimos. Nada nos quita la crítica que otros nos hacen. Aprendemos más de las caídas que de los triunfos. Y crecemos más a partir de una crítica que de un elogio. **Aunque, por más que entendamos que es así, no es tan fácil cultivar una actitud libre en este campo.**

Las lecturas de hoy nos hacen profundizar en la confianza. Se trata de un don que pedimos incesantemente porque la vida nos prueba siempre en ella. Con tristeza constatamos que muchas veces nos falta y por eso desconfiamos de las personas. ¡Cuánto nos cuesta confiar en los hombres y creer en la verdad de sus vidas! En seguida encontramos razones para la desconfianza. Una persona comentaba: «*Incluso siendo cierto que lo que veo es el pecado, no sé ver que una obra mala no hace despreciable a nadie, y reconocer que lo que a veces desprecio, me muestra lo lejos que estoy de amar con su Amor*». Los juicios que hacemos sobre otros nos hacen ser más desconfiados. El otro día me puse a pensar en los sinónimos de la palabra confianza. Pensaba en términos como seguridad, tranquilidad, ánimo, aliento, amistad, aprecio, familiaridad, franqueza. Son atributos que todos queremos poseer. Pero, ¡cuánto nos cuesta confiar! Cuando lo logramos, nos sentimos en paz y todo cambia. Cuando la vida de ciertas personas nos parece fiable, nos sentimos tranquilos a su lado, porque nos da paz pensar que ellos sí que saben hacia dónde caminan. Cuando recibimos al lado de estas personas seguridad y paz, entonces descansamos. Cuando sus obras y palabras nos transmiten ánimo y aliento en los momentos difíciles, logramos avanzar. Decía el P. Kentenich: «*Nosotros no nos inclinamos ante una fuerza puramente humana. Nos inclinamos sólo ante aquellos hombres en quienes vemos resplandecer algo sobrenatural*»². **Confiamos en la luz que vemos en esos gestos humanos.**

No obstante, ¡qué rápido se puede perder la confianza! Basta un error o una caída, para generar de forma inmediata la desconfianza. Y entonces surgen en el alma los antónimos de la palabra confianza: duda, inseguridad, indecisión, desánimo, desaliento, falta de fe, pesimismo, temor. Cuando desconfiamos de las personas nos vamos encerrando detrás de nuestros muros e impedimos que nadie entre. Nuestro corazón tiembla. Todos necesitamos lugares y personas en las que confiar para poder abrirnos. Sin echar raíces en la tierra no podemos vivir con paz. Cuando experimentamos la incertidumbre provocada por la desconfianza podemos llegar a pensar lo que una persona con cierta ironía comentaba: «*Si pudiera apagar el interruptor de la vida durante un rato, ahora sería un buen momento*». Cuando desconfiamos de la vida, de las personas, es muy fácil que también desconfiemos de Dios. En realidad la confianza es propia de los niños. Creen en el poder infinito de sus padres y no creen en la posibilidad de que las cosas puedan ir mal en algún momento. El futuro parece no tener importancia, sólo importa el presente. Cuando experimentan la debilidad y la pérdida en sus vidas, pierden esa ingenuidad confiada. Muchas personas se encierran entonces detrás de un muro y desconfían de cualquiera que pretenda ayudarles. Las heridas pesan demasiado en el alma como para confiar de nuevo. Cuando alguien nos ha fallado, **¡qué difícil volver a confiar! ¡Qué difícil vivir con paz el abandono!**

Por eso nos resulta a veces tan difícil confiar en Dios y en sus planes. Dejarlo todo, abandonarnos, entregar lo que tenemos. Decía el P. Kentenich: «*Si en medio de nuestras crisis económicas no somos capaces de dar un salto mortal a la oscuridad, al abismo de Dios, no lograremos dominar la vida. Se trata de hallar al Dios oculto, al Dios que se esconde en tales situaciones y quiere ser buscado y descubierto por nosotros*»³. Y Jesús nos dice: «*Cualquiera de vosotros que no*

² J. Kentenich, 1950 “La obra de las familias”, 29

³ J. Kentenich, 1950 “La obra de las familias”, 30

renuncie a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío» Lc 14, 33. La prudencia de Jesús es la renuncia a todos los seguros. Son las paradojas de Dios. Primero nos pide que seamos prudentes y nosotros, acto seguido, utilizamos la prudencia humana. Actuamos con cordura y pensamos como la viuda que habla con Elías: « Te juro por el Señor, tu Dios, que no tengo ni pan; me queda solo un puñado de harina en el cántaro y un poco de aceite en la alcuza. Ya ves que estaba recogiendo un poco de leña. Voy a hacer un pan para mí y para mi hijo; nos lo comeremos y luego moriremos». La petición del profeta nos parece exagerada y la respuesta de la viuda muy certera. Está pidiendo más de lo que es prudente dar: «En aquellos días, el profeta Elías se puso en camino hacia Sarepta, y, al llegar a la puerta de la ciudad, encontró allí una viuda, que recogía leña. La llamo y le dijo: - Por favor, tráeme un poco de agua en un Jarro para que beba. Mientras iba a buscarla, le grito: - Por favor, tráeme también en la mano un trozo de pan». ¿Cómo va a ser prudente dar lo que es fundamental para la vida de una familia? Ella piensa en su propia vida y en la de su hijo y sabe que no tienen suficiente. No puede dar lo que no tiene. Nadie está obligado a dar lo que no posee. Es lo justo. Por eso a veces pecamos de excesivamente prudentes. Miramos el futuro y nos inquieta no poseer cuando lleguen las dificultades. Por eso nos parece que nada es suficiente, nada nos puede asegurar un futuro sin miedos, queremos certezas. Pero entonces tenemos que pensar en ese Dios que predica con el ejemplo y nos lo entrega todo al darnos a su Hijo. Nos cuesta abandonarnos, dejarlo todo en manos de Dios, darlo todo sin esperar nada a cambio. Como esa viuda que entrega sus dos monedas. O esa otra viuda que gasta su comida en un desconocido. **Hace falta confiar mucho en Dios para caminar con esa libertad de espíritu.**

Hoy Jesús alaba la generosidad y confianza de la viuda que lo ha dado todo. Y nos pone como ejemplo una generosidad sin límites: «Estando Jesús sentado enfrente del arca de las ofrendas, observaba a la gente que iba echando dinero: muchos ricos echaban en cantidad; se acercó una viuda pobre y echó dos reales. Llamando a sus discípulos, les dijo: - Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el arca de las ofrendas más que nadie. Porque los demás han echado de lo que les sobra, pero esta, que pasa necesidad, ha echado todo lo que tenía para vivir» Marcos 12,38-44. Es la misma confianza de la viuda que entra en conversación con Elías y accede al final, porque confía, a todos sus ruegos: «Respondió Elías: - No temas. Anda, prepáralo como has dicho, pero primero hazme a mí un panecillo y tráemelo; para ti y para tu hijo lo harás después. Porque así dice el Señor, Dios de Israel: - La orza de harina no se vaciará, la alcuza de aceite no se agotará, hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra. Ella se fue, hizo lo que le había dicho Elías, y comieron él, ella y su hijo. Ni la orza de harina se vació, ni la alcuza de aceite se agotó, como lo había dicho el Señor por medio de Elías» 1 Reyes 17,10-16. Hace falta mucha confianza para entregar todo lo que tenemos y confiar en que Dios está detrás sosteniéndonos. Nos cuesta vivir así de abandonados, así de libres. Normalmente buscamos seguros y damos sólo lo que nos sobra. Porque dar sin prever nos parece imprudente. Los cálculos humanos chocan siempre con los de Dios. Amasamos pensando en el futuro y guardamos para mantener llenos nuestros graneros. En esta época de crisis este sentimiento de inseguridad se agudiza. **Nos da miedo perderlo todo y el miedo nos hace guardar la vida detrás de los muros.**

María nos ayuda a confiar, porque Ella es el equilibrio perfecto y es la que nos regala la esperanza muchas veces perdida. Ella nos ayuda a creer que lo imposible puede llegar a ser posible. Ella nos sostiene y nos regala la paz del corazón para poder entregarlo todo sin miedo. Comenta el P. Kentenich: «Si de alguna manera mi alma se mantuvo en equilibrio fue gracias a un profundo amor personal a María. Es el punto de intersección entre lo terrenal y lo celestial, es la balanza del mundo, es decir, a través de su ser y su misión, Ella mantiene al mundo en equilibrio»⁴. Ella le regaló el equilibrio que estuvo a punto de perder. Ella nos regala el equilibrio a nosotros cuando lo perdemos, cuando el caos reina en nuestra vida, porque vivimos en un mundo desequilibrado. ¡Cuántas personas sufren por ansiedad y viven angustiadas! ¡Cuántas veces el stress y el cansancio nos privan de todas las fuerzas! Nos

⁴ J. Kentenich, "Estudio 1955", 8

falta echar raíces en algún lugar para descansar, nos faltan fe y confianza. María es esa tierra en la que podemos crecer. Recuerdo la historia de Nuestra Señora de la Almudena. Maritana, una mujer llena de fe, escondió la imagen de María en un muro, porque amaba profundamente a María y temía que fuera profanada. La escondió con dos velas encendidas, para que el fuego de esas velas iluminara la espera de María. Es el símbolo de un amor que quiere ser eterno. Muchos años después, cuando cayó el muro y desveló el lugar donde estaba escondida la imagen, las velas seguían encendidas. Detrás de los muros la luz de María no se había consumido y seguía brillando. Era una luz perdida para los hombres, pero signo de esa fidelidad oculta y silenciosa. María seguía fiel en la oscuridad de ese muro. Su luz no alumbraba aparentemente a nadie, pero era un signo de esperanza para los hombres que se desaniman fácilmente con las dificultades de la vida. En nuestro corazón brilla muchas veces pálidamente la luz de Dios. Es una llama débil que amenaza con apagarse. Está escondida en los muros de nuestro propio corazón porque construimos muros para defendernos. Y escondida en el corazón de muchos hombres que dicen hoy no creer. Es la fe pálida de una persona que me decía hace poco: *«No tengo fe pero quiero creer, necesito creer para vivir con algo de esperanza»*. Son las velas encendidas en lo más recóndito del alma, cuando parece que nada sale bien. Tenemos que rezar en este año de la fe para que caigan esos muros que ocultan la luz, que ciegan la esperanza. Esos muros que no nos dejan darnos por entero. Nuestros propios muros y los de tantos que se cierran a la luz. María es quien nos puede devolver la paz rompiendo los muros. Ella nos enseña a unir fe y vida, a unir el amor a Dios y el amor a los hombres, a unir nuestras creencias y las consecuencias que de ellas se derivan. **En María recuperamos el orden que no tenemos y marcamos prioridades para no ir perdidos por la vida. En Ella aprendemos a confiar.**

La generosidad es un don por el que nos hacemos capaces de darlo todo. El otro día leía: *«Proporciona a los demás todo aquello que deseas tener y disfrutar tú mismo»*⁵. Nos cuesta mucho ser generosos y dar todo lo que tenemos. Es curioso, pero suelen dar más los que menos tienen. Cuando más poseemos más avariciosos nos volvemos y más codiciosos. Nos angustia perder y nos preocupa demasiado nuestro bienestar y el de los nuestros. Es como si el demonio nos atara. Por eso la viuda, al entregarlo todo, se libera del mal. Al dar crecemos y nuestra generosidad siembra la tierra como dice S. Pedro Crisólogo al hablar sobre la misericordia: *« Por más que perfeccione su corazón, purifique su carne, desarraigue los vicios y siembre las virtudes, como no produzca caudales de misericordia, el que ayuna no cosechará fruto alguno. Para que no pierdas a fuerza de guardar, recoge a fuerza de repartir; al dar al pobre, te haces limosna a ti mismo: lo que dejes de dar a otro no lo tendrás tampoco para ti»*. La entrega tiene que estar unida a la misericordia. No se trata de dar por dar, sino de dar en un gesto lleno de amor y misericordia. **Una generosidad fría y sin amor es un signo muy pobre.**

La Iglesia está llamada a dar un testimonio de pobreza y solidaridad. Ya lo decía en el Concilio Vaticano II en la Constitución pastoral *«Gaudium et Spes»*: *«Que se evite, pues, el escándalo de que, mientras ciertas naciones, cuya población es muchas veces en su mayoría cristiana, abundan en toda clase de bienes, otras, en cambio, se ven privadas de lo más indispensable y sufren a causa del hambre, de las enfermedades y de toda clase de miserias»*. Podemos caer en la avaricia y la codicia como vemos en la crisis que hoy nos conmueve. Y en este ambiente difícil es fundamental nuestra misericordia. Que demos lo que tenemos, no lo que nos sobra. Decía Santa Teresa de Jesús: *«Aunque me cueste, aunque me duela, aunque reviente, aunque me muera»*. Así quiere ser nuestra generosidad. Dar todo lo que tenemos. Hasta que nos duela. ¡Qué necesaria es nuestra solidaridad especialmente en este tiempo de crisis! Nos dice Benedicto XVI: *«La crisis nos obliga a revisar nuestro camino, a darnos nuevas reglas y a encontrar nuevas formas de compromiso. De este modo, la crisis se convierte en ocasión de discernir y proyectar de un modo nuevo»*⁶. **Queremos hacer como la viuda y entregar lo que tenemos.**

⁵ Bernabé Tierno, “El triunfador humilde”, 98

⁶ Benedicto XVI, “Deus Caritas est”, 21